

ses y la informalidad que tiende a extenderse a un número creciente de actividades.

El estado actual de la situación en el mundo y las perspectivas para los próximos años no parece que permitan abrigar esperanzas de una pronta superación de esta nueva emergencia de la *cuestión social*.

Sin embargo, es innegable que el Derecho del trabajo (junto al de la Seguridad social) ha hecho mucho por mejorar, en todas partes del mundo, las condiciones de vida y de trabajo, no de una minoría, como se ha pretendido sostener, sino directa o indirectamente, de la inmensa mayoría de las poblaciones. Por eso continuará siendo un instrumento de elección para el progreso de las sociedades, en toda la extensión de la palabra.

## APÉNDICE

LOUIS-RENÉ VILLERMÉ

*Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie, (Paris, 1840)*

Fragmentos del Capítulo III (Sección I de la 1ª Parte) y del Cap. I (Sección III de la 1ª Parte)

"El alto costo de los alquileres no permite a los obreros del algodón que ganan los más bajos salarios o que tienen más fuertes cargas de familia, alojarse en las proximidades de sus talleres... De allí la necesidad que los más pobres, por no poder pagarse un alquiler, tienen que alojarse lejos de la ciudad, a una legua o legua y media, o aún más lejos y, en consecuencia, tienen que hacer cada día dos o tres horas para ir por la mañana a la manufactura y otro tanto para volver al lugar en que viven.

En los talleres de Mulhouse se contaban en 1835 más de 5000 obreros, alojados en los villajes de los alrededores. Son los obreros peor retribuidos. Se trata de familias cargadas de niños pequeños que han venido de todos lados a establecerse en Alsacia, para poder allí alquilar sus brazos en las manufacturas. Hay que verlos llegar cada mañana a la ciudad y volverse al fin de la jornada. Entre ellos se cuenta una multitud de mujeres pálidas, flacas, caminando con los pies desnudos en medio del barro, las cuales, a falta de un paraguas, cuando llueve se cubren la cabeza con lo

que pueden su delantal o su enagua, para preservar su rostro y su cuello, y un número aún más considerable de niños, no menos sucios, ni menos macilentos, cubiertos de harapos mugrientos y engrasados por el aceite que les cae encima durante su trabajo. Los que están mejor preservados de la lluvia por la impermeabilidad de sus vestimentas no llevan al brazo, como las mujeres, una cesta con provisiones para la jornada, sino solamente llevan en la mano o bajo su ropa, o como pueden, el pedazo de pan que debe alimentarlos hasta la hora del regreso a su hogar".

"Así, a la fatiga de una jornada ya desmesuradamente larga, puesto que es de al menos 15 horas, viene a agregarse para estos infelices, el tiempo que insume la ida y la vuelta, tan frecuentes y penosas. De lo cual resulta que por la noche llegan al lugar en que viven, abrumados por la necesidad de dormir y al día siguiente salen antes de haber descansado para poder llegar al taller a la hora de la apertura. Para evitar el recorrido dos veces por día, se amontonan, si se puede decir, en cuartos o piezas muy chicas y malsanas, pero situadas en la proximidad de sus trabajos. He visto en Mulhouse, en Dornach y en lugares vecinos estos miserables alojamientos en los que dos familias duermen, cada una en un rincón, sobre paja volcada en las baldosas y con dos tablas para sostener los pedazos de cobertor y a menudo todo lo que cubría la paja era una colchoneta de plumas de una suciedad asquerosa".

"...La miseria en la que viven los obreros de la industria del algodón es tan profunda que produce el triste resultado de que mientras en las familias de los industriales, comerciantes, intermediarios y directores de las usinas la mitad de los hijos alcanza los 29 años, esta misma mitad, en las familias de los tejedores y los obreros de las hilanderías de algodón, muere antes de cumplir los 2 años de edad, sea por el abandono o por las privaciones. ¿Cuántos sufrimientos ha de provocar eso en sus padres?...

[La situación es todavía peor] "para los extranjeros [procedentes de Suiza y estados alemanes] que por desconocimiento del oficio no pueden realizar más que los trabajos más fáciles y por consiguiente menos retribuidos. Estos obreros, muy pronto, a consecuencia de sus penurias, la insuficiencia de la alimentación, la continuidad de todas las privaciones, la insalubridad de su nuevo trabajo y la duración excesivamente prolongada de la jornada de trabajo, ven afectada su salud, su tez se marchita, adelgazan y pierden sus fuerzas. Tal estado de sufrimiento y de debilitamiento de los obreros en las hilanderías de algodón de Alsacia se observa sobre todo en los niños.

"...Son muchos los que descuidan totalmente su higiene y su limpieza, pero en realidad, los más pobres no pueden tener ni el gusto, ni el tiempo, ni los medios para comportarse de otra manera".

"Los niños son empleados en las manufacturas de algodón de Alsacia desde la edad en que pueden comenzar a recibir el beneficio de la instrucción primaria, pero casi siempre resultan privados de ella. Es cierto que algunos industriales han creado en sus establecimientos escuelas para los obreros más jóvenes, pero a estos les resulta muy difícil sacar provecho de las enseñanzas, pues todas sus facultades físicas e intelectuales son absorbidas por el taller. La mayor ventaja que pueden sacar de la escuela es quizás la de tomar un poco de descanso del trabajo por una o dos horas".

"Las mujeres que trabajan [en la industria de la seda] pertenecen a la clase más pobre. Muchas vienen de lugares diferentes a aquel en que trabajan... Las que habitan en lugares poco alejados retornan cada sábado de noche con sus familias y vuelven el lunes por la mañana, trayendo su provisión de pan para toda la semana...

Es difícil hacerse una idea del aspecto sucio y miserable de estas mujeres que están empleadas en la extracción de la seda, así como de la horrible suciedad de sus manos, del mal estado de salud de muchas de ellas y del olor nauseabundo, *sui generis*, que se desprende de sus vestimentas, infesta los talleres y rechaza a quienes se acercan. A este trabajo todavía se le agrega el dolor que causa, por la sensibilidad que adquieren en la punta de los dedos ya que a cada instante tienen que introducir en el agua hirviendo o casi hirviendo de los calderos".

Fuente: Louis-René VILLEMÉ, (1840) *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de coton, de laine et de soie*. (Textes choisis et présentés par YVES TYL). Paris: Union Générale d'Éditions, 1971, 316 pp. Collection: 10-18, N° 582.

-o-

*Testimonio de los padres de dos niñas que revisaban como aprendizas en una fábrica de ladrillos en Inglaterra<sup>40</sup>.*

Pregunta: -¿A qué hora van las niñas a la fábrica?

Respuesta de los padres: Durante seis semanas fueron a las tres de la mañana y terminaban a las diez de la noche.

Pregunta: ¿Qué pausa les autorizaban durante estas diecinueve horas para descansar y para comer?

<sup>40</sup> Interrogatorio realizado a mediados del siglo XIX, por los miembros de una comisión investigadora.

Respuesta: Un cuarto de hora para el desayuno, media hora para el almuerzo y un cuarto de hora para beber.

Pregunta: ¿Cuánto tiempo dormían?

Respuesta: Nosotros nunca podíamos meterlas en la cama antes de las once de la noche puesto que había que darles algo de comer, por eso mi mujer tenía el hábito de velar toda la noche para poder despertarlas a tiempo.

Pregunta: ¿A qué hora las despertaban?

Respuesta: Por lo general mi mujer y yo nos levantábamos a las dos de mañana para vestir las.

Pregunta: ¿O sea que las niñas no dormían más de cuatro horas?

Respuesta: Apenas cuatro.

Pregunta: ¿Cuánto tiempo duran?

Respuesta: Alrededor de seis semanas.

Pregunta: ¿Las niñas se cansaban con este régimen?

Respuesta: Sí, mucho. Más de una vez se quedaban dormidas con la comida en la boca y era necesario sacudirlas para que tragasen.

Pregunta: ¿Sus hijas han sufrido accidentes?

Respuesta: Sí. A mi hija mayor, la primera vez que fue a trabajar, un engranaje le tomó un dedo hasta la articulación y tuvo que pasar cinco semanas en el hospital de Leeds.

Pregunta: ¿Se le siguió pagando el salario durante ese tiempo?

Respuesta: -No, desde el accidente dejaron de pagar.

Pregunta: ¿A vuestras hijas les han pagado?

Respuesta: - Sí, a las dos.

Pregunta: ¿Cuál era el salario de una semana normal?

Respuesta: -Tres chelines por semana para cada una.

Pregunta: ¿Y cuando hacían horas extras?

Respuesta: -Tres chelines y siete peniques y medio.

Fuente: L. H. Parias, *Histoire générale du Travail*, t. III, Paris, 1964, pp. 40-41.

